

P

Personas > Sociedad

MEDIO AMBIENTE | El futuro del depredador ibérico (1)

JUAN FERNÁNDEZ
Madrid

La incorporación del lobo al Listado de Especies Silvestres en Régimen de Protección Especial (LESPRE), acordada en la Comisión Estatal para el Patrimonio Natural del pasado día 4, ha desatado una guerra política y territorial de incierto desenlace. De momento, los principales damnificados han sido el propio cánido y los ganaderos con los que comparte hábitat, cuyos intereses han quedado opacados por una cascada de declaraciones públicas.

Desde ya, el *Canis lupus* puede presumir de haberse cobrado varios trofeos políticos. Uno ha consistido en poner de acuerdo a gobiernos de ideologías tan dispares como los de Galicia, Asturias, Cantabria y Castilla y León, que han amenazado al Ministerio para la Transición Ecológica con llevarlo ante los tribunales si no autoriza la caza del lobo. También ha causado un cisma en el Ejecutivo de Pedro Sánchez que empuja a las zancadillas que suelen lanzarse los dos partidos coligados: el ministro de Agricultura, el socialista Luis Planas, ha llegado a declarar que está «en total desacuerdo» con la medida.

Unidas Podemos aplaude que el lobo sea especie protegida, pero el coordinador de Izquierda Unida en Asturias, Ovidio Zapico, anima al presidente autonómico a mantenerse «firme y rotundo» frente a la ministra de Medio Ambiente, Teresa Ribera. No anda falto de apoyos Adrián Barbón para mostrarle los colmillos a sus socios políticos de Madrid a cuento del depredador. De hecho, es difícil encontrar un alcalde al norte del río Duero, donde se concentran el 95% de los cánidos y su caza era legal hasta ahora, que no haya alzado la voz contra la nueva normativa. Temen que el precio de proteger al lobo sea acabar con la ganadería extensiva que prospera en la zona.

En vista de la polvareda levantada, el secretario de Estado de Medio Ambiente, el también asturiano

La prohibición de matar al cánido ha desatado una fuerte controversia. Los expertos sostienen que su caza no sirve para proteger la ganadería, pero los empresarios rurales reclaman compensaciones.

La guerra del lobo

Hugo Morán, intentaba tranquilizar a sus paisanos esta semana y advertía en *La Nueva España* que el nuevo reglamento «no va a suponer ningún problema porque solo afecta a las comunidades donde el lobo era considerado objeto de caza deportiva». Desde hace 30 años, ese no es el caso de Asturias. Morán tiene previsto reunirse mañana con representantes de las comunidades loberas para enterrar el hacha de guerra.

Ecologistas de salón

El ambiente crispado con que ha sido recibido el modelo de gestión del lobo que se pretende implantar en toda España –al sur del Duero, su caza ya era antes ilegal– ha avivado en las comarcas del noroeste un discurso quejumbroso según el cual la medida ha sido diseñada en despachos urbanos, ignorantes de lo que ocurre en el mundo rural. «Quien apoya estas decisiones vive de espaldas a los pueblos. Son medidas de ecologistas de salón», bramaba esta semana José Antonio Prada, delegado provincial de la Federación de Caza de Castilla y León en Zamora, en *La Opinión*.

PRESENCIA DEL LOBO IBÉRICO EN ESPAÑA



Desde hace 30 años se calcula que en la Península hay 300 manadas con unos 2.000 ejemplares

Lejos quedan los años en los que Félix Rodríguez de la Fuente llamaba la atención en sus míticos documentales sobre la agónica situación que vivía el lobo a finales de los 70. Diversos planes de repoblación lo libraron de desaparecer de la península Ibérica, y desde entonces su presencia se ha mantenido más o menos estable. Los dos grandes censos llevados a cabo, uno en 1988 y otro en 2014, revelaron la presencia de 300 manadas que sumarían 2.000 animales, repartidos, principalmente, por los montes del cuadrante noroccidental de España y Portugal.

El lobo ha desaparecido de Sierra Morena, y los que a veces se ven en el Pirineo provienen de Francia, no de Castilla, territorio lobero con el que no hay comunicación desde Catalunya. En la sierra de Madrid ha vuelto a detectarse su presencia desde mediados de la década pasada después de que sus aullidos estuvieran silenciados durante más de 70 años.

Con este panorama estable nada invitaría a cambiar el actual modelo de gestión del lobo en España. Sin

embargo, los especialistas encargados de monitorizar a los cánidos advierten de los peligros que esconde esta foto. «Las manadas muestran muy poca variabilidad genética. Al vivir aislados de Europa y ser tan pocos, cualquier enfermedad contagiosa podría acabar con todos. No están en peligro de extinción, pero deben ser protegidos», explica Alberto Fernández Gil, investigador del CSIC dedicado a analizar la genética de los lobos del Cantábrico, quien añade:



No hay datos precisos, pero las mayores concentraciones actualmente se hallan en zonas de Zamora, los montes de León y la cordillera Cantábrica.

95%

de los lobos ibéricos viven al norte del Duero

En prácticamente todos goza de algún tipo de protección. La población estimada es de unos 17.000 ejemplares, sin contar Rusia.

28

países europeos tienen poblaciones de 'Canis lupus'

Desde 2004, se han observado algunos ejemplares esporádicos llegados desde Francia. No hay constancia de reproducción.

1935

fue el año de la última captura documentada de lobo ibérico en Catalunya

«Prohibir la caza no es un capricho de los ecologistas ni del ministerio, lo exige la Directiva Hábitats de la Unión Europea y lo avala el Comité Científico de Flora y Fauna».

Nadie en su sano juicio se opondría a proteger una especie amenazada. El principal problema del lobo es que su existencia tiene costes contantes y so-

nantes para la ganadería. El sector calcula que cada año mueren por ataques de este predador entre 3.000 y 4.000 cabezas de ganado. «Hace 10 años, esta cifra era menor. Si ahora crece la población de lobos, los negocios ganade-

los pueblos acabarán cerrando», aventura Donaciano Dujo, presidente de Asaja de Castilla y León.

Hasta ahora, este difícil equilibrio se mantenía mediante la caza. Al menos, ese era el sentido del cupo de cánidos que las cuatro comunidades

loberas permitían abatir de manera legal, una captura que, sin contar con la caza furtiva, cada año suele rondar el centenar de cadáveres.

Sin embargo, este sistema tampoco conseguía evitar los ataques de cánidos «porque es imposible proteger al ganado a través de la caza, salvo que nos los carguemos a todos», advierte Carles Vila, investigador de la Estación Biológica de Doñana y autor de una tesis doctoral sobre el compor-

tamiento de este predador. En su opinión, la escopeta sirve para calmar ánimos, pero no para salvar ovejas. «Se matan lobos para que parezca que se hace algo, pero esto no libra al ganadero del próximo ataque. A veces, el efecto es el contrario: cuando matan al líder de la manada, el grupo se desestructura y entonces van a por la presa fácil, que es el ganado», avisa.

Reservas naturales

A escasos días del cambio de estatus del lobo, las posturas entre ganaderos y conservacionistas parecen irreconciliables. Estos proponen fórmulas como las que se aplican desde hace décadas en la sierra de la Culebra, en Zamora, donde vacas y ovejas comparten los prados con los lobos, pero separados por buenos sistemas de vallado y con asistencia de mastines. «El lobo debe estar en reservas naturales, no libre por el monte. Su presencia

«Prohibir la caza no es un capricho. Lo exige la UE», dice Alberto Fernández, experto del CSIC

es incompatible con la ganadería», responde el presidente de Asaja.

Solo parece haber acuerdo en un punto: los ganaderos que padecen al lobo deben estar más amparados de lo que lo estuvieron en el pasado. El mismo día en que se prohibió su caza, Miguel Ángel Marcos, titular de una explotación de 2.000 ovejas en Villalonso (Zamora), recibió la visita de una manada que mató a 69 borregos. El ganadero asegura que no odia al lobo. De hecho, reconoce que le gusta verlo en el monte, pero considera que la factura de mantenerlo suelto debe ser asumida entre todos. «Eso significa mayores compensaciones cuando hay ataques y carne mejor pagada. Pero al lobo no podemos sufragarlo solo los ganaderos», concluye. El dinero, que todo lo arregla, quizá pueda solucionar también la guerra del lobo. ■